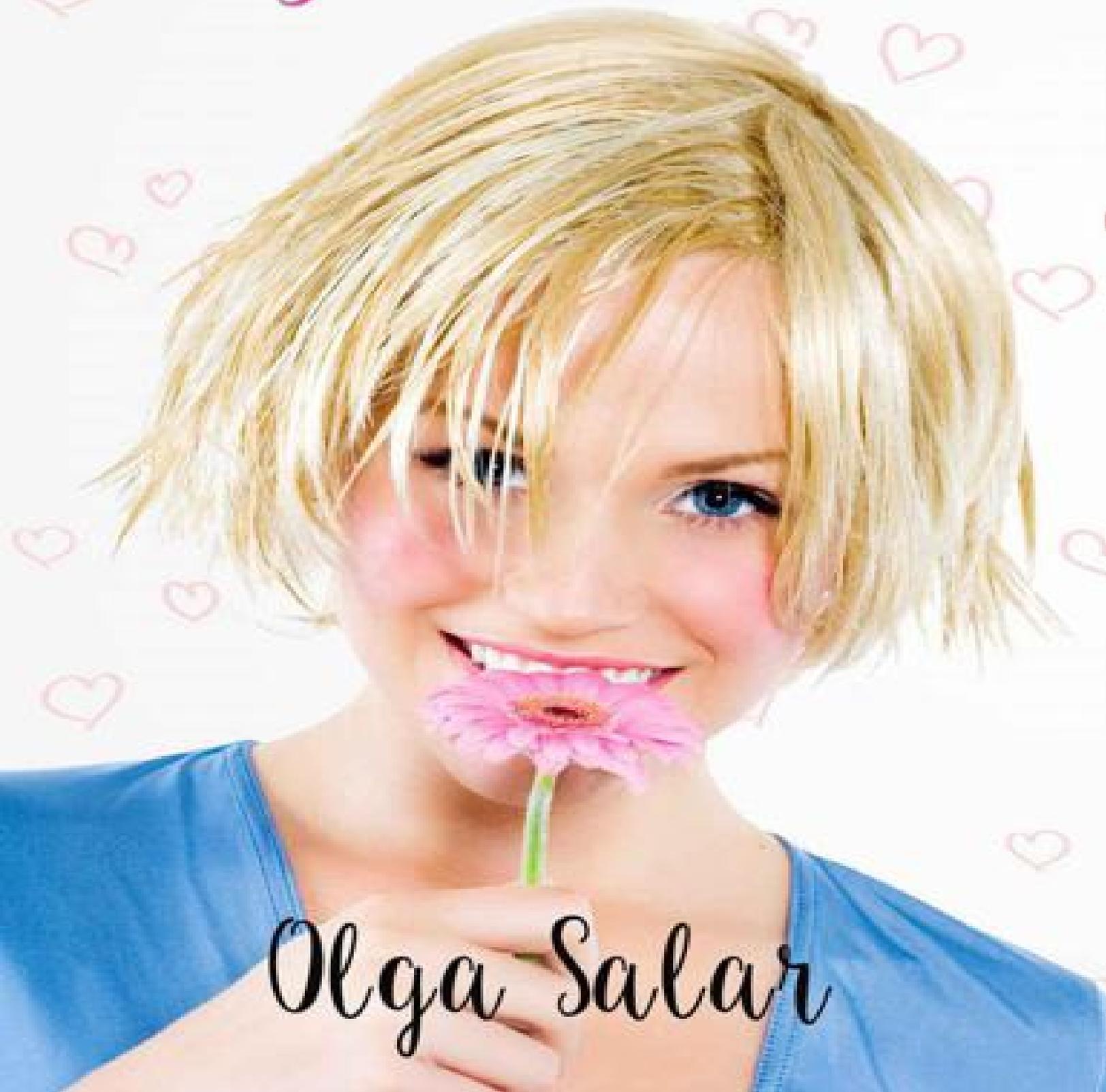


Martina

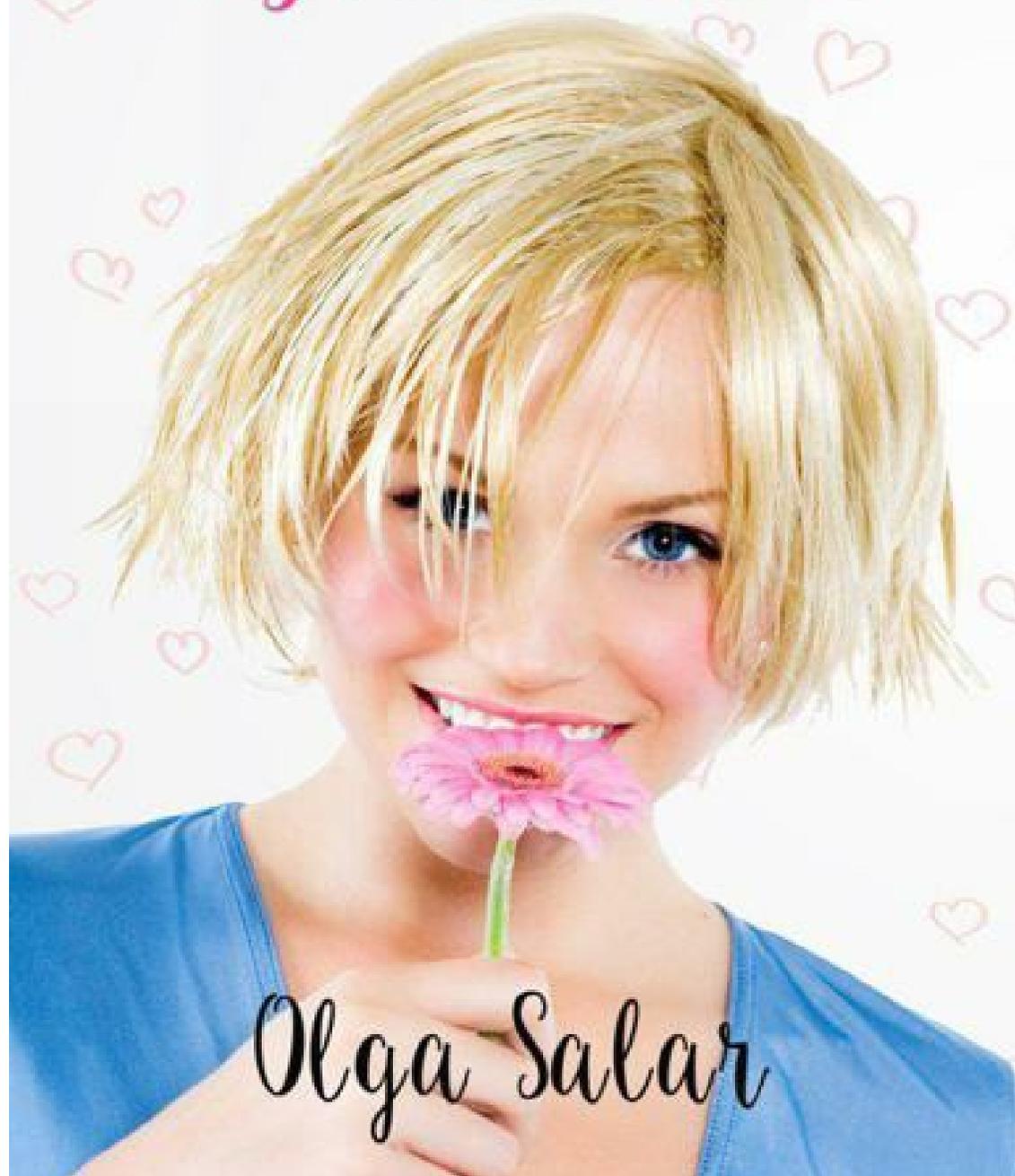
mezclada, no enredada



Olga Salar

Martina

mezclada, no enredada



Olga Salar

©2016, Martina mezclada, no enredada © 2016 Olga Salar
Registro en Safecreative. Código de registro: 1604097189687
Imagen original vectorial: Dollarphotoclub.

[Nota de la autora.](#)

[He vuelto para quedarme.](#)

[Soy la leche en polvo.](#)

[¿En tu casa o en la mía?](#)

[Los hombres románticos lo hacen mejor.](#)

[La edad no importa.](#)

[Los padres de él.](#)

[Quienes dicen que de dónde sacas la olla no puedes meter la...
nariz, se equivoca.](#)

[Los padres de ella.](#)

[No soy perfecta, pero mis defectos son encantadores.](#)

[Los amigos de mis amigas son mis amigos.](#)

[La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida.](#)

[Soy una persona horrible, que no fea, diferenciamos.](#)

[A veces la fama, cuesta.](#)

[Esto hay que celebrarlo.](#)

[Si lo sé, no vengo.](#)

[Para gustos, el arco iris.](#)

[¿Quieres... Venirte a vivir conmigo?](#)

[Agradecimientos.](#)

[Sobre Olga Salar](#)

[Otras obras de la autora](#)

Y recuerda, nunca te quites esos zapatos rojos de tus pies o vas a estar a la merced de la bruja malvada del Oeste.

El Mago de Oz.

Nota de la autora.

Cuando comencé a escribir a Martina no se me ocurrió pensar que terminaría siendo un libro y mucho menos que acabarían siendo dos.

Y es que mi chica se ha hecho mayor casi sin que me dé cuenta. Martina ya no es esa treintañera desubicada y loca que a veces pecaba de absurda. O puede que lo sea, aunque ya no tanto. Por fin ha encontrado el amor y a un hombre que la comprende y que la anima a ser ella misma, por lo que de alguna manera ha madurado.

Ya no le preocupan los temas que en el primer libro la llevaban de calle, aunque os aseguro que como pasó con Martina agitada, no revuelta, os vais a ver identificados con sus nuevos problemas.

Y es que ahora Martina está mezclada, no enredada; el amor le sonríe y su vida laboral está encauzada... ¿Entonces? Seguid leyendo y lo descubrirís.

He vuelto para quedarme.

Hola a todos mis lectores, ¿me habéis echado de menos? Espero que sí porque si no esto no va a tener mucho sentido. Si os sirve de algo, yo sí que os he echado de menos a vosotros. Esta complicidad que compartimos le pone encanto a mi vida, os lo confieso. ¿Qué sería de mí sin estos momentos a solas, frente a mi teclado, compartiendo con vosotros mis locuras?

Aprovecho este momento para agradecer los mensajes que me habéis dejado para animarme, para compartir conmigo vuestras alegrías o pedirme que volviera a este mundo virtual. Lo habéis conseguido, aquí estoy de nuevo.

El caso es que tenéis razón y ahora que tengo mi vida sentimental solucionada, o en su defecto, por el buen camino: he decidido intentar solucionar también la vida laboral, que de un tiempo a esta parte no ha dejado de variar.

Porque, aunque me he acostumbrado a eso de dar consejos, trabajo que, por cierto, se me da muy bien, la espinita de trabajar en Divinity (sigo dispuesta a aceptar el empleo que me ofrezcan sea el que sea) todavía me pincha de vez en cuando y como *la esperanza es lo último que se pierde y el que la sigue la consigue*, aquí estoy yo, parafraseando el saber popular y retomando la lucha por mis sueños más chic.

Retomando a Martina, aunque ya no está agitada, ni revuelta, sino mezclada, no enredada. El amor es lo que tiene, nos cambia sin que nos demos cuenta. ¿Y qué queréis que os diga que no sepáis todos ya? Las mezclas, a veces, ofrecen los mejores sabores y enredada se vive muy bien.

Lo dicho, lectores y amigos, *i'm back*. Y solo añadiré: Divinity prepárate porque hay mucha Martina para ti y viene con ganas de llevarte al huerto.

Soy la leche en polvo.

No sé qué les pasa a los hombres. Las teorías más extendidas dicen que vienen de Marte y nosotras de Venus y, visto lo visto, voy a empezar a creer que es cierto.

De acuerdo, soy una mujer interesante, no voy a pecar de falsa modestia. Ya sabéis que no va conmigo, pero el acoso, al que me veo sometida por los hombres que me rodean, no tiene sentido.

Después de todo soy la misma mujer a la que le costó media vida encontrar al hombre de sus sueños o, en su defecto del Metro, y no porque no fuera por la vida con los ojos abiertos como platos, sino porque, inexplicablemente, los hombres no me veían a mí. Y ahora mi invisibilidad se ha revertido por completo.

Según mi amiga Julia, desde que estoy con Alfonso me veo más guapa. Yo tengo otra teoría, estoy convencida de que ahora me ven como la fruta prohibida que no pueden conseguir. Los hombres me miran y piensan, *qué mujer más preciosa, seguro que tiene novio y no va a hacerme caso por mucho que la piropee*. Y tienen razón, bueno, casi. Porque qué mujer en el mundo se queda indiferente ante un buen piropo y no hablo del tipo obrero:

¡Oye nena! ¿Crees en el amor a primera vista, o voy a tener que pasar dos veces?

¡Guapa, tengo el pene para partir almendras!

Ordinarieces no, por favor. Yo hablo de frases que expresan sentimientos:

¿Le importa si la miro durante un ratito? Quiero recordar su cara para mis sueños.

Esas que te dejan con la sonrisa en los labios durante todo el día, aunque sea lunes. Y de las que, de un tiempo a esta parte, me obsequian casi cada día. Si no fuera porque estoy enamorada...

Comencé a experimentar este fenómeno fue la primera vez que pisé mi nuevo trabajo. Cierto que, al ser mi primer día, había tenido mucho cuidado con mi ropa: falda tubo y blusa lady, pero ni siquiera eso justifica la actitud masculina. Si sois entendidos en moda sabréis que la falda lápiz llega justo por debajo de la rodilla y que la blusa te tapa hasta el cuello y lleva un precioso lazo que tiene poco de sexy. Vamos, que iba recatada a más no

poder.

Y aun así, en cuanto mi jefe me presentó a mis nuevos compañeros y me asignaron una mesa, una masa impaciente de hombres se lanzó sobre mí cubriéndome por completo y, os aseguro que, aunque suene exagerado, es la pura verdad, mi amiga Julia tuvo que hacerse hueco para venir a saludarme y darme la bienvenida como corresponde. Lamentablemente, mi atractivo molestó un poco a mis compañeras, que me vieron como una fuerte rival en el interés masculino de la redacción, y me costó un poco más ganármelas.

Siendo sincera, me costó seis horas. Todas comenzaron a adorarme en cuanto supieron que Alfonso Torres era mi novio. Pero es comprensible, Alfonso es mucho Alfonso y Martina mucha Martina. ¡Si es que somos la pareja ideal! Guapos, enamoradísimos y, si mis planes no se tuercen, famosísimos.

Pero vuelvo al tema, que es hablar de mi chico y me desvíó. Mi chico, qué bien suena eso, ¿verdad? ¡Qué bonito es el amor!

¡Venga! Ya no digo más. Me centro a la de tres: una, dos y tres.

El caso que aquí nos ocupa es que desde que tengo pareja soy irresistible para los hombres. Lo que:

- 1) Me asombra.
- 2) Me encanta.
- 3) Me molesta, porque:
 - X) estoy enamorada, pero no ciega.
 - Y) la tentación es mucha.

¡Madre mía! Acabo de descubrir que el amor es como una ecuación.

Si al final la clave va a estar en despejar la incógnita, sea quien sea la tipa esa.

Aunque ahora lo que importa es mi problema: ¿Qué hago para que los hombres dejen de desearme? Jamás pensé que me preocuparía por algo así. ¡Qué dura es la vida de una *sex symbol*! Tampoco es que quiera que pasen de mí por completo, sino que me hagan el caso justo para que Alfonso comprenda que soy una perita en dulce para cualquier hombre y que tiene que esforzarse por mantenerme contenta porque hay muchos hombres deseando sustituirle... ¿Sabéis qué? Tras mucho reflexionar (aproximadamente setecientas palabras), he decidido que voy a quedarme como estoy. Después de todo no es tan malo que los chicos te inviten a café, que todas las mañanas

te digan lo guapa que estás o que te miren con interés mientras tecleas tus fabulosos consejos. Sí, decidido. Me quedo como estoy y que me quiten lo bailado.

¿En tu casa o en la mía?

Desde que Alfonso y yo hemos comenzado a vernos se puede decir que vivo entre dos mundos. Lo que está bien porque me da la excusa perfecta para comprarlo todo de dos en dos. ¿Qué me gusta un bolso o un par de zapatos? Que me envuelvan uno de cada color que me los llevo. A estas alturas tengo dos cepillos de dientes, dos juegos de cremas hidratantes, desmaquilladoras, tónicos faciales, contornos de ojos, perfumes... Podría seguir porque la lista es larga, pero ya si acaso os hacéis una idea.

La única pega es la económica, porque mira que son caras las malditas. Pero si las cremas no son más que unas plantitas trituradas y poco más, ¿cómo es posible que cuesten un ojo de la cara y parte del otro?

Además, el hecho de que sean imprescindibles debería contar para algo. Para ir bien necesitamos una subvención del gobierno o ser como los pensionistas y que les rebajen el precio a las mujeres entre los veinte y los sesenta. Ni antes ni después de esa edad sirven para nada.

Estoy por organizar una de esas recogidas de firmas online tan de moda, a ver si los políticos escuchan mi propuesta y consigo alegrarles la vida a todas las mujeres de España.

Sí, podéis reiros, después de escribirlo me he dado cuenta de lo absurdo que suena, y no me refiero a lo de que subvencionen las cremas y los productos de belleza, sino a lo de que los políticos sean capaces de escuchar a los ciudadanos. Si es que cuando quiero soy más cómica que Dani Rovira, lo que es un descanso porque si me echan de la revista siempre puedo recurrir a los monólogos y hasta es posible que los de Divinity creen un programa para mí y para mi ingenio.

Pero a lo que voy, que desvarío y me descentro.

Que vivo, como decían los de Héroe del silencio, entre dos tierras. De lunes a jueves duermo en mi casa y de viernes a domingo en casa de Alfonso. Si tuviera tiempo de ser ordenada le obligaría a venir a la mía, pero entre que casi no tengo tiempo más que para hacer la cama y que él necesita trabajar en su espacio... El caso es que vivo sin vivir en mí, como Santa Teresa, y voy a dejarme de citas, que ya tengo bastante con las de Alfonso. Que me lleva loca de aquí para allá.

Porque él no es como los demás hombres, no. Imposible.

Mi Alfonso quiere tomarse un café y si me descuido me lleva a recolectarlo a Colombia. Menos mal que el té no es lo mío, sino ya me veo en china y con lo barato que está todo allí me pulo el sueldo del mes de una sentada.

Es que Alfonso es el hombre más detallista que he conocido nunca, solo hay que ver su piso. El nuestro cada fin de semana.

De momento me conformo con el hueco que me hecho en el armario y con que me dé la excusa perfecta para comprar sin descanso. Si es que ya os había dicho que era perfecto.

Los hombres románticos lo hacen mejor.

Los hombres románticos lo hacen todo mejor que los que no lo son y si por algún casual lo hacen mal, se les perdona. No hay que tener en cuenta sus fallos porque con las flores que te echan cada día o las que te regalan de vez en cuando, suplen los pequeños errores que todos cometemos alguna vez.

Incluso se les perdona encontrar en el armario de su despacho, ese lugar en el que cada cosa está en el sitio preciso en el que debe estar, ese santuario al que hay que entrar descalzo para que no se ensucie la alfombra, una caja con el nombre de su ex en la que guarde las cosas que la tal Elena se dejó olvidadas cuando lo dejó. Porque casi seguro que las guarda para poder devolvérselas algún día.

Además, tienen un sexto sentido para encontrar en momento perfecto para tener algún detalle especial. Es como si sospecharan que has encontrado la dichosa caja y supieran que es el momento perfecto para besarte hasta dejarte sin sentido o para decirte que te han vaciado dos cajones del armario para que puedas dejar tus cosas ahí sin que tengas que cargar con ellas todos los fines de semana que pasas con él.

Algunos son tan, pero tan románticos, que hasta les parece bien que pongas películas lacrimógenas cuando os sentáis juntos en el sofá. Y lo mejor es que no lo hacen porque la protagonista femenina esté de buen ver o porque así encuentren la excusa perfecta para echarse una siestecita. No, no, no. Lo hacen para complacerte, para hacerte feliz.

Lo malo de todo esto es que, a veces, los hombres románticos, que te sorprenden con cenas deliciosas, pétalos de flores en la cama o baños preparados con sales a la luz de las velas... no pueden seguir el ritmo durante mucho tiempo y ya sabéis, a lo bueno nos acostumbramos rápido.

A veces tienen un mal día y se olvidan de que han quedado contigo para ir al cine, por lo que te quedas esperándolos en la puerta disimulando, como si no supieras qué película ver.

Otras veces se les olvida contestar a tus mensajes, a pesar de que las rayitas azules te han chivado que lo han leído. Aunque eso sí, cuando se proponen lucirse para que les perdones no tienes ninguna posibilidad de salir indemne a sus detallitos. Porque si cocinan es para chuparse los dedos, si te compran un regalito es justo lo que querías y si se ponen cariñosos... Bueno

ahí sí que aprendes lo que es la perfección y un poquito más.

La edad no importa.

¡Ay madre, ay madre! ¡Qué disgusto tengo encima! Esto sí que no me lo esperaba. Me siento engañada, traicionada, defraudada, vilipendiada...

Alfonso, mi novio, mi mejor amigo, el futuro padre de mis hijos... ¿Cómo ha sido capaz de hacerme algo así? Aunque, si lo pienso bien, la culpable real de todo esto es su madre. A quien no conozco, pero que ya me cae mal por lo que me ha hecho.

Y es que de todas las cosas horribles que me podía haber hecho Alfonso esta es la peor. La más vil de todas.

¡Me ha convertido en una asaltacunas!

Se ha aprovechado de mi candidez. De mi tendencia a ser confiada. ¡Si es que no se puede ser buena persona!

Yo estaba convencida de que era por lo menos un año mayor que yo y va y, de pura casualidad, me entero de que no es así. Que sí, que nació en noviembre y yo en enero, pero no un año antes como yo creía. ¡Somos de la misma quinta! Lo que supone que soy diez meses más vieja que él. ¡Diez meses! Casi un año completo.

Pero lo peor ya no es que sea mayor, que es malo; lo peor es que cuando me enteré y él vio el disgusto que yo tenía, solo se rio. No se dio cuenta de la gravedad del asunto.

—No me lo puedo creer. Soy una asaltacunas. —Dije con un disgusto importante.

Él me miró con su expresión más inocente.

—Son solo unos meses, Martina. No es tan importante.

—¿Qué no es importante? ¿Estás loco?

—Estoy loco por ti. —Me dijo intentando camelarme.

—Soy la más vieja de esta relación. —Insistí yo—. Me moriré antes que tú.

Alfonso fingió una tos para disimular que se estaba riendo de mí.

—Eso no lo sabes. A lo mejor me muero antes que tú.

—Tampoco importa mucho, sigo siendo la más madura.

Alfonso se encogió de hombros, pero sus ojos seguían teniendo un brillo divertido.

¿Acaso no estaba de acuerdo en que yo era la madura de la relación?

—¿No vas a decir nada? ¿No te importa que sea mayor que tú?

—Claro que no. Me gustan las maduras sexis y tú eres muy sexy. —
Dijo, besándome la garganta.

Durante unos minutos decidí olvidarlo. Después del disgusto que acababa de sufrir necesitaba dejar de pensar en ello por un ratito. Alfonso se esmeró y tarde bastante en volver a recordar por qué tenía que estar preocupada.

No obstante, volví a retomar mis pensamientos cuando él se metió en su despacho a aporrear el teclado de su ordenador.

Alfonso había dicho que le gustaban maduras y yo podía dar fe de que así era. Se había esmerado mucho, pero mucho en complacerme. No es que antes no se lo tomara en serio, es que no había tenido tanto éxito como en esta ocasión.

A lo mejor era cierto eso de que la experiencia es un grado y con mi inestimable colaboración y el momento de inspiración que había sufrido al comprender que como mujer mayor se me permitían ciertas locuras, habían convertido la experiencia en religiosa y, desde luego, celestial.

Me arrebujié en la cama con una sonrisa de oreja a oreja. No si al final mi novio iba a tener que darme las gracias por haberme fijado en él. Porque las mujeres maduras, sexis y experimentadas como yo, normalmente no salían con yogurines como él.

Pero el amor es lo que tiene, que convierte en poco importantes cosas como la edad.

Los padres de él.

Estoy a punto de sufrir un colapso. Esto va muy rápido. ¡Leñe! Últimamente ni el coche de Fernando Alonso corre tanto. A ver, me explico, que me embalo y a este paso hago pole.

Resulta que el viernes, a las dos menos cuarto, cuando solo quedaban quince minutos para que terminara la jornada laboral y llegara el fin de semana, justo cuando estaba a punto de rozar el nirvana, va y me llama Alfonso. Hasta ahí todo bien.

Ignorante de mí, sonrió al ver su cara en la pantalla de mi teléfono, siento mariposas pululando por mi estómago y hasta se me traba la lengua un poco cuando contesto con un hola sexy y sensual, bueno al menos esa era la intención. Él me responde con una frasecita que hace que mi ropa interior se descuelgue hasta los tobillos:

«Hola, nena»

¡Madre mía, madre mía!

Sé que me toca hablar a mí, pero ahora mismo me resulta un poco complicado. Así que me quedo calladita, que estoy monísima, y espero a que vuelva a hablar. Después de todo ha llamado él.

Nos compenegramos tan bien que lo hace:

—He organizado una cosa para esta noche.

Yo sonrió y la babilla me cae sin darme cuenta. Mi imaginación, ¿os he dicho que tengo una imaginación muy vivida?, sueña con cenas románticas, besos románticos y... Todo eso que sigue.

Quedamos en que pasará a recogerme a las nueve y yo me paso los siguientes diez minutos, antes del nirvana, organizando mentalmente mi atuendo. Y aunque me preocupo por lo que queda a la vista me interesa más lo que no sé ve. O al menos lo que no ve todo el mundo.

Alfonso llega cinco minutos antes de la hora convenida y mi corazón se desboca porque sé que lo hace porque no puede estar alejado de mí mucho tiempo. Meto en el bolso lo necesario para pasar la noche en su casa, y tener buena cara por la mañana, y bajo las escaleras, ya que he dejado el ascensor porque no era bueno para mi salud, dando saltitos sobre mis tacones de diez centímetros.

Alfonso está guapísimo con sus pantalones chinos, camisa y

americana. Empiezo a hiperventilar. Va demasiado arreglado para una cena romántica, aquí hay algo más. Madre mía que se me declara. Las piernas me tiemblan, pero me mantengo en pie por pura cabezonería.

—¡Estás guapísima! —me dice y se acerca para darme un beso suavcito en los labios.

Como no estoy de acuerdo con eso, le cojo de los hombros y me aprieto a él, profundizando el beso. Su lengua me recibe con interés y muy dispuesta. Mi mente deja de ser racional en cuanto siento su mano por debajo de mi top negro de encaje.

Se separa de mí antes de llegar al punto que quiero que pulse.

—Vamos a dejarlo aquí o no iremos a cenar.

—No me importa cenarte a ti. —Ronroneo como la gata salvaje que soy.

—No me tientes, pero esta cena es importante. Quiero que conozcas a alguien esta noche.

La libido se me baja con tanta rapidez como se ha encendido. ¿Qué? *What?*

—Hemos quedado con mis padres para cenar. —Me cuenta—. No te lo había dicho antes para que no te pusieras nerviosa.

—¿Tus padres? —inquiero porque soy masoquista y me gusta regodearme en el sufrimiento.

—Sí, nos están esperando en el restaurante. —Me da un beso en la mejilla y me toma de la mano.

Yo sigo sin moverme, así que tiene que tirar de mí. Y en ese instante me convengo de que me quiere porque:

- 1) Tira de mí y se ríe.
- 2) Quiere que conozca a sus padres.

Le sonrío en respuesta, aunque por dentro esté más bien seria. Me arrastra hasta el coche y para contentarme me pone la música de Ed Sheeran. «Definitivamente me quiere», decido recostándome en el asiento.

Mientras conduce me animo pensando que, quizás, conocer a sus padres no sea tan malo como parece. A lo mejor son encantadores y yo una exagerada.

—Mis padres te van a encantar. —Me dice—. Mi madre sobre todo ya que también es periodista. De hecho, dirige un periódico. Mi padre es pediatra. Ya verás lo majos que son.

—Seguro que sí. —Le digo y rezo todo lo que me sé para que la cosa salga bien.

Mis nervios vuelven a hacer acto de presencia en cuanto mis tacones pisan de nuevo el asfalto.

Alfonso me coge la mano y juntos nos encaminamos hasta el restaurante.

Nos recibe un camarero, que no puede evitar darme un repaso, y nos acompaña hasta una mesa en la que se distinguen a dos personas sentadas en ella. La mujer está de espaldas. El hombre, aunque tiene el pelo canoso es bastante atractivo. Se parece a mi chico.

—Buenas noches. —Saluda Alfonso y, a modo de respuesta, el hombre sonrío y la mujer se da la vuelta.

«Puñeteras rodillas», pienso cuando los ojos de la Malvada bruja del Oeste se posan sobre mí.

—No puede ser. —Musito y tengo que controlarme para no llorar.

—Hola, Martina. ¿Qué tal va todo? —no parece sorprendida de verme. Me giro para mirar a Alfonso, que me observa con la misma cara de asombro que seguramente tengo yo.

—¿Os conocéis?

—Tu madre es mi ex jefa. —Explico.

Por unos segundos la confusión se apodera de todos. De mí, sobre todo. ¿Le he hablado alguna vez a mi novio de la malvada bruja del Oeste? Espero que no.

Es el padre de mi chico quien nos apacigua a todos. Se levanta con una sonrisa, me da dos besos en las mejillas y me ayuda a tomar asiento a la mesa.

—Estupendo. Ahora ya nos conocemos todos. —Dice y descubro que me cae bien.

Lo que me lleva a plantearme qué hace un hombre como él casado con una bruja como esa. En fin... Los misterios del amor.

Rebeca, mi ex jefa y futura suegra, hay que ver lo reales que son los tópicos de las suegras, me pregunta cómo me va en el nuevo trabajo y la jodida es tan buena actriz que hasta parece que le interese mi respuesta. Así que me exployo y le digo lo contentos que están en la revista conmigo.

Y para no ser menos que ella yo también finjo que me cae bien, además de porque Alfonso y yo todavía no hemos llegado a ese grado de

confianza en el que te dejas abierta la puerta del baño mientras haces pis y esas cosas.

Mi chico parece encantado y yo pienso en lo mucho que va a tener que compensarme cuando llegemos a su casa. Como si me hubiera leído la mente, se inclina sobre mí y me susurra una frasecita de las tuyas que causa estragos en mi ropa interior:

«Qué contento me tienes, nena. Muy, muy contento».

¡Qué bonito es el amor!

Quienes dicen que de dónde sacas la olla no puedes meter la... nariz, se equivoca.

Me gusta mi trabajo y lo mejor es que se me da bien. ¿Sabéis el dicho ese de consejos vendo, pero para mí no tengo? Pues el que lo inventó me conocía. ¡Fijo que sí!

Aun así hay que arriesgarse en la vida, esforzarse por mejorar. Mi jefe se presentó el otro día en mi mesa con una oferta que no pude rechazar. Primero por el sueldo, que mejora el actual, y segundo porque es otra puerta abierta a mi sueño: ser chica Divinity. Y aunque mantengo lo que he dicho otras veces, que me conformo hasta con ser la chica de los recados, esta oportunidad abre el abanico de posibilidades. Y es que mi jefe me ha hecho una propuesta interesante, que le haga una entrevista a Alfonso Torres, el autor de moda, que no es otro que mi chico, y que si, sale bien, además de llevar la sección de consejos, me dejará trabajar como redactora en la revista.

Lo que, por un lado, supondrá mucho trabajo y el consiguiente sueldo que comporta y, por el otro, la posibilidad de escalar un puesto más en mi camino a la cima.

Ahora solo me falta convencer a Alfonso de que diga que sí, porque siendo sincera os diré que el único motivo por el que mi jefe me ha ofrecido la entrevista y lo que comporta es porque Alfonso no se prodiga mucho entre la prensa.

Ni siquiera fue capaz de contestar más que a dos preguntas cuando ganó el premio ese tan importante. Un premio que no me acuerdo cómo se llama. No, si al final voy a tener que estudiar para entrevistar a mi chico.

No importa que esté al tanto de las cosas importantes: de qué lado de la cama duerme, de su alergia a las fresas, de su obsesión con que todo esté ordenado y bien colocado...

El caso es que me pongo a investigar por Google y preparo una lista con quince preguntas que, no es porque yo lo diga, pero son ingeniosas e inteligentes.

Con ellas en el bolso me planto en su casa, no porque vaya a hacerle la entrevista, sino porque vamos a cenar.

Para mi sorpresa descubro que estoy nerviosa, y como no sé cómo entrarle me paso de cariñosa. Alfonso, que ya me tiene calada, me pregunta

sin pudor si me pasa algo y yo acabo cantándolo todo.

—De acuerdo. Haré tu entrevista. ¿Cuándo puedes prepararla?

—Está en mi bolso.

Sonríe y me insta para que vaya a por ella.

Se la doy y se pone a leerla muy serio.

—Esa pregunta no quiero contestarla. —Me dice señalando la primera de la lista.

¡Bien empezamos!

—De acuerdo. Probemos con la siguiente.

—No. Tampoco.

—¿Entonces? ¿Vas a contestar a alguna?

—Sí, pero por qué no me preguntas sobre el nihilismo de mi personaje protagonista.

—¿Qué? ¿qué?

—Es por esto por lo que no me gusta contestar entrevistas. La mayoría preguntan las mismas tonterías. —Me mira de repente, incómodo—, que no es el caso, tus preguntas son muy originales.

—¿De verdad? —pues lo he buscado todo en Google pienso, aunque me cuido mucho de no decirlo en voz alta.

—¿Sabes una cosa? ¿Qué te parece si yo redacto las preguntas y además te las contesto? Así nos aseguramos que sean de las que quiero responder y tú quedas de maravilla con tu jefe.

—¿Harías eso por mí? ¿No te importa entrevistarte a ti mismo?

—Haría eso y muchas cosas más. —Me dice meloso.

Mis piernas comienzan a temblar de emoción. ¿Qué día es hoy? ¿Qué planetas se han alineado para hacerme la vida tan estupenda?

No solo voy a conseguir el trabajo de redactora por una entrevista que solo voy a tener que transcribir, sino que, además, me llevo meneíto extra y a juzgar por cómo me está mirando Alfonso, va a merecer mucho la pena, pero mucho, mucho.

Los padres de ella.

Odio las sorpresas. ¿Os lo había contado alguna vez? (Tengo un carácter un poco especial, aunque estoy segura de que ya lo habíais notado). El caso es que me gusta estar preparada para cualquier cosa y las sorpresas impiden que lo haga porque, como su nombre indica, son sorpresa y no te las esperas.

Pero antes de que os planteéis si he perdido la cabeza os explicaré por qué estoy hablando de sorpresas ahora mismo. La culpa la tienen mis padres por aparecer de improviso en casa, justo cuando Alfonso acababa de llegar. Lo que ya de por sí es raro porque:

- 1) Siempre vamos a su casa.
- 2) Normalmente trabajo de lunes a viernes y ellos lo saben.
- 3) No podían saber que ese día me lo había cogido libre en el trabajo.

Si no fuera porque es imposible juraría que nos estaban espiando y que por eso aparecieron en el momento justo. Pero ni mi padre no es Remington Steele, sino un pobre periodista deportivo, ni mi madre Laura Holt, sino que es una psicóloga infantil bastante plasta. Hala, ya lo he confesado. Al final me habéis sacado el secreto más oscuro de mi familia.

Mi madre es una psicóloga trastornada y la culpa de todos mis males es suya. Y sé lo que estáis pensando, que, comparada con mi madre, Rebeca no es la pobre malvada bruja del oeste. Pues tenéis razón, pero guardadme el secreto que no quiero que Alfonso sepa la suegra que le ha caído en gracia o, mejor dicho, en desgracia.

Aunque lo que aquí ocupa es que cuando abrí la puerta de mi casa, creyendo que tras la visita al médico de la seguridad social mi día no podía ir peor, me equivoqué. No solo podía empeorar, es que iba a terminar en catástrofe.

—Mamá, papá, ¿qué hacéis aquí?

—Hemos venido a verte. ¿No es evidente? Llevas una temporada muy despegada y si no venimos nosotros no te vemos el pelo. —Apuntó mi madre mientras me daba un empujón para entrar en mi piso, antes siquiera de que la invitara, que por si os lo preguntáis, pensaba hacer. Pero solo lo pensaba, que conste.

—Sí, claro. Hola, papá. —Dije, dándole dos besos.

Mi madre me fulminó con la mirada y se quedó allí plantada hasta que me vi obligada a besarla a ella también.

Al escucharme hablar, Alfonso, que estaba en la cocina preparando algo para comer, salió y se dio de bruces con mi familia.

—¿Y este quién es? —inquirió mi madre. Dándole un buen repaso.

—Es Alfonso. —Dije yo.

Ella me miró cómo si fuera tonta, lo que inexplicablemente me sucede cada vez que la tengo cerca.

—Soy su novio.

Mi padre, como siempre, pobre, salvó la situación y se acercó con la mano extendida para saludar a mi chico.

—Yo soy Jesús, el padre de Martina. —Señaló con un gesto de cabeza a mi madre y estoy segura de que lo hizo porque le da miedo acercarse a ella—, mi mujer, Aurora. La madre de Martina.

—Encantado. —Saludó con una sonrisa.

Mi madre parpadeó, deslumbrada por él y se acercó para darle dos besos.

—No sabíamos que tuvieras novio. Voy a tener que dejar de rezarle a San Antonio ahora que ya ha hecho el milagro.

Alfonso soltó un par de carcajadas, creyendo que mi madre estaba de broma, qué iluso es.

Y entonces el iluso y casi perfecto de mi novio soltó la bomba atómica aniquilándolo todo a su paso.

—¿Por qué no os quedáis a comer? Estaba preparando la comida cuando habéis llegado.

—No creo que... —iba a salvarme mi padre.

—Por supuesto que sí. Nos quedamos. —Zanjó mi madre antes de que mi progenitor pudiera salvarme el pellejo.

—Estupendo. Martina —me dio un beso en el cuello—, pon dos cubiertos más mientras yo termino la pasta.

Mi madre sonrío triunfal y yo estoy tan desanimada que se me ha pasado hasta el hambre. Por eso me meto en la cocina tras Alfonso y le pido en tono susurrante que no haga café después de comer. Que les alimente y les deje que se marchen.

Él me mira y se ríe. Es tan buena gente que ni siquiera entiende que mi madre sea... especial. Y pensar que un día creí que podía ser un psicópata

en potencia...

La comida está deliciosa, como todo lo que hace Alfonso, el problema es que mi madre no deja de hablar de mí en ningún momento. Antes de que me dé cuenta le está contando a mi novio que hasta que cumplí los cinco años no había forma humana de que me quedara con la ropa puesta. Para lo pequeña que era, me las ingeniaba para quitarme los vestidos cursis que mi madre me ponía. Agacho la cabeza para que mi mirada no se cruce con la de mi padre, casi siempre cómplice en mis *stripteases*.

Y como la anécdota no le parece lo bastante humillante se lanza a contarle que era una miedosa que dormía con una lamparita encendida para que la habitación no se quedara a oscuras. Sonrío por dentro porque mi queridísima madre no sabe que sigo durmiendo con la luz del despertador encendida.

La humillación se prolonga más allá del café y cuando, finalmente, mi padre se impone, hasta a mí me sorprende que lo haga, son casi las cinco de la tarde.

Acompaño a mis padres a la puerta mientras Alfonso se queda recogiendo la mesa.

—No tardes en venir a vernos o vamos a tener que volver nosotros. —
Me amenaza mi madre.

Eso nunca.

—Si os parece bien iré a comer todos los viernes. —Ofrezco, me siento magnánima y un poco acongojada de que cumpla su promesa—. Que salgo del trabajo a las dos y ya no tengo que volver.

—Eso está mejor.

Cierro la puerta, no sea que se arrepientan y quieran quedarse también a cenar, y me arrastro hasta el sofá. Me siento como si me hubiera recorrido la milla de oro con tropecientas bolsas de mis tiendas favoritas. ¡Qué agotador es ser una buena hija!

Mi novio se sienta junto a mí y me pasa un brazo por encima de los hombros. Me besa la sien y me pregunta qué tal estoy.

—Tu padre es majo. —Me dice y le noto titubear.

—Lo es.

—Tu madre... es un poco... —ahora no es que titubee es que no sabe qué narices decir—. Especial, supongo.

—Sí que lo es. Tan especial como la tuya. —Le espeto con una

sonrisa falsa.

¿Cómo se atreve a meterse con mi madre si la suya es la Bruja Malvada del Oeste?

—Mi madre es estupenda. —Me dice y, de repente, aparta el brazo de mis hombros.

Le fulmino con mi mirada más letal.

—¿Y la mía no?

Ahora es él quien me ofrece la sonrisa falsa. Me aplaudo mentalmente, si yo tengo que comerme a Rebeca, él tiene que hacer lo propio con Aurora. Faltaría más.

No soy perfecta, pero mis defectos son encantadores.

Estoy enamorada hasta la médula. Tiene que ser eso, y no lo digo porque cuando veo a Alfonso escucho violines sonando por todas partes, que los oigo (no os extrañéis, que no soy la única. En las películas pasa contantemente). Estoy enamorada porque si, no es por ese motivo. De otra forma, no me explico que hasta las ventosidades de Alfonso me parezcan encantadoras.

Lo único que me saca un poco de mis casillas es que se deje la taza del váter subida y que no reponga el rollo de papel higiénico cuando lo termina, que se meta en la cama con calcetines, que se rasque el trasero mientras orina, que se coma las sobras de los platos cuando invitamos a amigos a cenar y que cuando se afeita deje en lavabo lleno de pelos, pero a parte de esos pequeños detallitos, por lo demás es perfecto.

Aunque lo mejor de todo es que, desde que me presentó a sus padres, (olvidémonos por un momento de quién es su madre. Yo trato de hacerlo y de vez en cuando lo consigo) nuestra confianza ha crecido tanto que ni las ventosidades, ni las puertas del baño cerradas se interponen entre nosotros.

Y es que hay matrimonios que tras años y años de casados son incapaces de compartir un momento tan íntimo con su pareja. ¿Qué clase de amor es ese? Oh my gloss! Que alguien me explique cómo se puede querer a alguien sin compartirlo todo, hasta lo menos bonito. Aunque os recuerdo que en Alfonso todo es encantador.

Compartir el cuarto de baño es el momento más íntimo de la pareja. ¿Qué sería del amor sin las conversaciones que se comparten mientras te maquillas y tu chico te observa embelesado sentado en la taza del váter? Cuando, inesperadamente te pregunta, «¿por qué te pintas tanto?» Y tú, como mujer y, por lo tanto más inteligente traduces: cariño, con lo guapa que eres no necesitas tanto maquillaje.

Ojalá pudiera yo hacer lo mismo... Sentarme en el váter y observarle mientras se corta los pelos de la nariz o de las orejas.

El problema es que desde niña me enseñaron que las señoritas no hacen sus necesidades en público. Y me dejaron tan traumatizada que hasta hoy sigo sin ser capaz de hacer pis cuando Julia se cuele en el cuarto de baño conmigo. Qué le voy a hacer si tengo la vejiga vergonzosa. La culpa es de

mis padres, más concretamente de mi madre que mi padre, el pobre, se limita a asentir a lo que ella dice. Estoy segura de que si fuera a un psicólogo me daría la razón en esto. No sé qué les pasa a los psicólogos con los padres, pero para ellos siempre son los sospechosos habituales, aunque en mi caso sea verdad. Y no me hagáis hablar de psicólogos que no quiero soltar la lengua...

El hecho es que soy así, con mis virtudes y mis defectos, sean cuales sean estos últimos que yo no me los encuentro y, aunque me siento culpable por guardarme una parte para mí misma, no hay manera de que me deje llevar. Lo mío está demasiado arraigado.

Así que mi pobre Alfonso se tiene que conformar con tenerme sin las cosas menos buenas, que son pocas, pero matonas.

Los amigos de mis amigas son mis amigos.

Mi amiga Julia ha conocido a alguien. En realidad lo conocimos las dos, ya que es el nuevo fichaje de la revista en la que trabajamos juntas. Pero mientras que a mí me parece un cretino de tomo y lomo, a Julia la tiene loquita.

El tipo ha trabajado de corresponsal en Londres para una televisión privada durante varios años, por lo que no me cuadra que haya acabado en una revista femenina por muy estupenda que esta sea. Para mí que oculta un secreto, pero ese no es el caso que nos ocupa hoy. Eso lo dejo para otro día porque tengo que hacer una labor de investigación previa (¿a qué ha sonado de maravilla? Desde que mi jefe me ha ascendido a redactora, hasta yo misma me sorprendo).

Pero a lo que voy, que Julia está coladita y me toca a mí pagar las consecuencias de su enamoramiento.

¿Cómo? os preguntaréis. Pues con el enclaustramiento, por supuesto. Resulta que antes de que apareciera Pablo, que así es como se llama el susodicho, todos los días salíamos a almorzar a un barecito muy cuco que hay a dos calles de la redacción. Ahora ya no lo hacemos. Nos quedamos en el comedor común, triste y desangelado, para que Pablo se siente con nosotras a beberse un café y a que nos ponga la cabeza como un bombo hablándonos de lo bueno que es en su trabajo.

Y que conste que no me cae mal porque hable tanto como yo y no me deje meter baza en ningún momento, no seáis mal pensados. Me cae mal porque entre nosotros no hay *feeling*.

Aunque tampoco veo el problema por ningún lado, no hay ninguna regla por la que te tengan que caer bien los amigos de tus amigas, ¿verdad?

En cualquier caso, no le he contado a Julia de mi aversión por Pablo, que es muy sensible y puede afectarle. Sobre todo después de la faena que le hizo su hermana con el chico que le gustaba.

Así que me calló y me siento a la mesa y mientras ellos hablan yo divago y pienso en lo estupendo que es Alfonso, en lo buena que es mi vida desde que estoy enamorada y después miro a Julia, tan pendiente de Pablo... Así que sonrió y asiento a lo que sea que esté diciendo que, por si os lo preguntabais, me importa un bledo.

—¿Sois amigas desde hace mucho tiempo? —pregunta de repente, dejando de lado su tema de conversación favorito: él mismo.

Yo me encojé de hombros y asiento con la cabeza, pero Julia se prepara para un simposio.

—Nos conocemos desde hace unos cinco o seis años, pero conectamos inmediatamente. Es como si nos conociéramos desde siempre. — Sonríe y me mira.

Le devuelvo la sonrisa y pienso que es una pena que no me gusten las mujeres porque, si fuera el caso, haría unos cinco o seis años que habría encontrado a mi media naranja.

—No tiene mucho sentido. —Murmura Pablo y yo me pongo en guardia.

—¿Qué quieres decir? —mi tono es cortante y estoy orgullosa de él.

—No os parecéis en nada. —Insiste.

—¿En qué sentido? —pregunta Julia que me conoce y sabe que me estoy embalando camino a su yugular.

Pablo me mira y sé que acaba de desafiarme. Interesante, yo tampoco debo de caerle muy bien.

—Tú eres inteligente y encantadora —le dice a Julia—, Martina en cambio es una borde muy sexy.

Parpadeo para evitar entrar en shock. ¡Este tipo quiere algo!

—Ahora mismo no sé si darte las gracias o tirarte el café a la cara. — Le digo, para demostrarle que tiene razón en lo de borde y, por supuesto, en lo de sexy.

Sonríe y nos enseña sus dientes perfectos. ¿Cómo no me había dado cuenta de lo guapo que era? No tanto como Alfonso, pero es guapo igualmente.

—En cualquier caso, las dos sois las chicas más guapas de la redacción. —Dice, y alarga la mano para acariciar la mejilla de Julia.

Mi amiga, la misma mujer centrada que conocía porque ha desaparecido de repente, bizquea un poco por la impresión.

Pablo se levanta con su sonrisa perfecta.

—Os veo luego, bellezas. —Nos guiña un ojo y se marcha.

Las dos le devolvemos la sonrisa con cara de tontas.

—¿No te dije que era un chico encantador? —me restriega Julia en cuanto nos quedamos solas.

—¿Qué quieres que te diga? Le había juzgado mal. Es un encanto, tienes razón.

La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida.

Cuando mi jefe me asignó el artículo del gurú que estaba revolucionando a las *celebrities* españolas con sus técnicas de relajación, en ningún momento se me pasó por la cabeza que tuviera que arrepentirme de mi nuevo cargo de redactora.

Entonces no sabía quién era el tipo de las respiraciones, ni siquiera recordaba haber hecho un curso, unos meses antes.

El caso es que lápiz, libreta y grabadora en mano me lancé a cumplir con mi deber y me presenté en la dirección que me habían dado.

Se trataba de un local precioso de estilo japonés, en el que tenías que descalzarte para pasar. Tenía suelo de madera y, a juzgar por lo calentito que se estaba, contaba con calefacción.

Me recibió una señora de unos cuarenta años, guapísima, con una piel estupenda. No me extrañaba que el tipo, que se hacía llamar Vir, tuviera tanto éxito entre los famosos. Si sus respiraciones te ponían la piel tan tersa hasta yo me plantearía apuntarme. Y eso que no había tenido muy buena experiencia con las técnicas de relajación. Se me revolvió el estómago al acordarme de Víctor y tanto me afectó que hasta me pareció verle plantado delante de mí.

—¿Martina? —preguntó mi visión.

—Madre mía, señora. —Le dije a la recepcionista—, este incienso sí que es potente.

La mujer me miró con cara de no tener ni idea de lo que le decía.

Mi visión sonrió.

—No me digas que tú eres la periodista que viene a entrevistarme.

—¡Ay madre! Que no es el incienso, que eres tú de verdad.

—¿Te encuentras mal?

—Estoy divinamente. —Dije irguiéndome.

Victor o la visión de Víctor que a esas alturas ya no tenía ni idea de quién era quién, sonrió y me tomó con delicadeza del brazo para que le acompañara a lo que parecía su despacho. No sin antes dirigirse a la mujer mayor y decirle:

—Cariño, ¿nos puedes traer café?

—¿Cariño?

—Sí, Clara es mi mujer. Nos casamos hace unos meses y todo gracias a ti.

—¿Perdona?

—Pasa y toma asiento. Ahora mismo te cuento cómo me salvaste la vida. —Me dijo con tanta devoción que llegue a pensar que había vuelto a beber cerveza para desayunar. Eso sí, estaba tan impresionante como siempre. Tal vez más.

Cinco minutos después, cuando yo ni siquiera había tenido el ánimo de sacar la grabadora del bolso, la mujer de Víctor entró con una bandeja con una cafetera, dos tazas, un azucarero y un plato con pastas.

—Gracias, preciosa. —Le dijo con una sonrisa enamorada mientras yo me preguntaba dónde se habían quedado «los tengo el pene lleno de amor» y «el rabo para partir almendras».

Comencé a relajarme. Después de todo, Víctor parecía otra persona.

—Me alegro mucho de verte, Martina. He intentado contactar contigo en varias ocasiones para agradecerte lo que has hecho por mí, pero ha sido imposible. —Se encogió de hombros con un gesto de estupefacción.

«Claro que era imposible, te borré de mi Facebook y no te cogí el teléfono por miedo a que me saludaras con alguna frase lapidaria», pensé, porque decir no dije nada.

—El caso es que el que me dejaras plantado en aquel bar me hizo darme cuenta de lo que estaba haciendo con mi vida.

Ahora sí que estoy segura de que el incienso me está afectando.

—¿Me estás hablando en serio?

—Por supuesto. Estaba tan colgado de la bebida que perdí mi oportunidad contigo. Lo que fue un gran golpe porque siempre había estado enamorado de ti. Desde el instituto.

—¿De verdad que ya no bebes nada?

Él rio.

—Es la verdad. Aunque ahora tengo a Clara y soy muy feliz. He cambiado mi vida y la fortuna me ha sonreído: tengo un buen trabajo, clientas sensacionales, una esposa maravillosa y a ti, delante de mí. Puedo por fin darte las gracias por todo lo que me has dado.

—De nada. Supongo.

—Quiero que sepas que tienes las puertas abiertas para ti, siempre. —Insiste y me tienta porque como he dicho su mujer tiene una piel

impresionante.

—Gracias, ahora me gustaría hacerte la entrevista, pero antes... ¿Tu mujer tiene esa piel por las sesiones de control de la respiración? Porque no es... No es de nuestra edad.

Él sonríe misterioso.

—Tiene cincuenta y cuatro años. Y no, no es por las sesiones de relajación.

Ya lo sabía yo que no podía ser tan fácil.

—Es por el sexo. —Me suelta de repente.

—¿Que qué?

—El sexo es lo que hace que tenga esa piel tan maravillosa. —Hace una pausa tan dramática que me da mala espina—, ya te he dicho antes que estoy en deuda contigo. Puedes usarme si quieres.

Creo que me he perdido porque no puede estar diciendo lo que creo que dice.

—¿Usarte?

Asiente.

—Para mejorar tu piel. Con tu genética y mis dotes sexuales tendrías una piel mucho mejor que la de Clara.

Abro la boca, pero no sale nada de mis cuerdas vocales, así que boqueo como un pez fuera del agua.

—Tú piénsalo, ¿de acuerdo?

Estoy tan noqueada que no filtro el mensaje porque me pongo a asentir como una boba.

Cuando acaba la entrevista y salgo de allí todavía estoy en shock. Con lo bien que había comenzado todo y lo mal que ha terminado. Y es que con Víctor, alias Vir, se hace efectivo aquello de que mala hierba nunca muere.

Soy una persona horrible, que no fea, diferenciamos.

Soy una persona horrible. Jamás pensé que me iba a suceder esto a mí, pero así ha sido y ahora tengo que confesar que no soy tan perfecta como vosotros creéis.

Todo comenzó cuando Alfonso me propuso que en lugar de salir nos quedáramos en casa para pasar la noche viendo unas pelis. Acepté, la verdad es que yo también tenía ganas de vagar en el sofá con un bol de palomitas y un refresco en la mano. Después de largas y duras negociaciones pusimos una película: *El hombre de acero*. Huelga decir que ganó él.

Si os soy sincera no tenía muchas ganas de verla, a mí siempre me ha gustado Iron Man ya que Superman es muy sosainas, pero como siempre elijo yo, decidí que podía dejar que Alfonso ganara, al menos una vez, para que sintiera lo que disfrutamos los vencedores. No os penséis que me derrotó en nuestro duelo dialectal porque no fue el caso.

Después de una hora de película mis ojos se estaban empezando a reseca porque no tenía ganas de parpadear no fuera que me perdiera algo si lo hacía. ¿Cómo no me había enterado yo de que el nuevo Superman era Henry Cavill?

De haberlo sabido, me habría hecho la novia buena y no habría peleado por ver *Love Actually*, que sí que Colin Firth es mucho Colin, pero es que Henry es insuperable.

El punto fue que vimos la película y que, cuando esta terminó, yo estaba contentísima. Palomitas, calorcito y olorcito al aftershave de mi chico y Henry con mallas en nuestra pantalla de cuarenta y dos pulgadas. ¿Qué más se le puede pedir a la vida?

Pues sí, eso también, porque cuando acabó mi Alfonso, que también estaba muy contento, decidió que tenía que demostrarme cuanto y se puso cariñoso y yo, encantada, le seguí el juego.

El problema es que con los ojos cerrados mi mente, enferma y desquiciada, comenzó a pensar en Henry y por unos segundos... Lo prometo, fueron solo unos segundos, fantasee con que era él mi acompañante. Será que me sentía un poco Lois Lane. El caso es que cuando los movimientos de Alfonso se aceleraron no pude evitar pensar en la súper velocidad de super Cavill. Cuando el clímax estaba cerca, me sentí levitar y ahí sí que fue fácil

imaginarme con Henry y su capa roja flotando por encima del sofá.

Después de eso vino la culpa. Bueno antes llegó otra cosa, pero a lo que ocupa no viene al caso.

Desde entonces no he podido dejar de pensar en esa noche. Y no lo hago porque el recuerdo sea fabuloso, lo hago porque no puedo dejar de preguntarme si le he puesto los cuernos a mi novio virtualmente hablando. Me siento tan culpable que hasta he estado a punto de confesárselo varias veces, pero soy una cobarde y me he callado por temor a que me deje por adúltera.

Si hasta me he planteado el escribir una carta a la revista para darme un consejo a mí misma sobre lo que debo hacer, pero es que me da vergüenza hasta confesármelo. La única que conoce mi secreto es Julia (vosotros también, por supuesto) y ya sabéis cómo es. Ella no le ve el problema al asunto porque dice solo ha sido una fantasía y que las fantasías están permitidas en las relaciones románticas.

Lo que me ha dado una idea y me he puesto a curiosear en Amazon. Y como ahí tienen respuesta para todo, he dado con la solución. Le he comprado el cosplay de Superman a mi Alfonso.

Ahora cuando piense en mallas ajustadas y en capas rojas, en lugar de la imagen de Henry, veré a Alfonso, marcando todo su esplendor.

Que para que toda relación sea sana y completa hay que añadirle un poco de fantasía e imaginación.

A veces la fama, cuesta.

El otro día iba con Julia a almorzar, gracias a que Pablo no había ido a trabajar, y de repente una mujer se paró a mi lado y me asió del brazo.

Mi primera reacción fue entrar en pánico, que hay mucha loca suelta, pero cuando la vi sonreírme con tanta intensidad... Me dio buen fario, así que me quedé calladita esperando a que hablara.

Era una señora de unos sesenta o setenta, década arriba década abajo. Iba vestida con un chándal muy colorido y llevaba zapatillas y una bolsa de deporte en la mano por lo que deduje que iba o venía del gimnasio. Si es que ya no hay edad para las pesas.

—Perdona, ¿pero no eres Martina? La chica de los consejos de la revista esa... La de *Pregúntale a Martina*

—Pues sí, señora. Esa soy yo.

La mujer me ofreció una sonrisa de oreja a oreja. No había duda de que era una fan.

—Me encanta tu sección. Que sepas que compro la revista solo para leerte a ti.

—Pues no estaría de más que le escribiera un email a mi jefe para contárselo. —Le dijo yo bromeando, que a esas edades la tecnología está muy complicada.

—Cuenta con ello bonita. Esta tarde mismo le envió el mail y le pido a mis amigas, que también te leen, que hagan lo mismo.

¡Qué bien con la tercera edad! Qué informados que están.

—Pues muchas gracias.

—Nada de gracias, que mis amigas y yo somos muy fans tuyas. Nos encanta *chafardear* con las cosas que te cuentan y ver cómo con unas pocas palabritas les solucionas la vida.

Julia se estaba aguantando la risa, así que me dije que la venganza era una taza de café e invité a la señora que era tan maja a que se tomara uno con nosotras.

—Me estoy acordando de la chica esa que estaba tan preocupada porque se había enamorado de su jefe. ¿Te acuerdas? La pobre tan preocupada y resulta que el hombre era soltero y todavía vivía con su madre.

—Se llevó las manos a la cabeza—, ¿Qué habría hecho esa pobre pareja sin

ti?

—Pues muchas gracias. La verdad es que si no le llego a aconsejar que se decidiera a hablar con él seguiría suspirando por su jefe por los rincones, como me dijo que hacía.

—¿Y te acuerdas de esa otra, de la chica esa que te pidió consejo sobre cómo decirle a su novio que tenía fantasías con Superman?

Asentí muda de repente.

—Esa pobre mujer seguro estaba mal de la cabeza. ¿A quién se le ocurre tener ganas de liarse con un extraterrestre?

Hombre, pues visto así... Hasta es posible que tuviera razón.

Tras la perla de la señora fan, Julia ya no pudo aguantarse las risas y entre unas cosas y otras las tres nos pusimos a reírnos a carcajadas, captando la atención de toda la clientela de la cafetería. Nosotras con mejores resultados que la señora, que se había olvidado el *Tena Lady* en casa y tuvo que salir a toda prisa de allí, con la promesa de bombardear a emails a mi jefe, y como si llevara un caballo entre las piernas.

Esto hay que celebrarlo.

Hoy hace exactamente seis meses desde que Alfonso y yo nos encontramos en aquel vagón del metro. Quién me iba a decir a mí, con lo que me costó volver a encontrarle, que íbamos a ser tan felices juntos.

Recuerdo como si fuera ayer cuando se sentó a mi lado e intenté trabar conversación con él. Me miró con cara de pasmo y se limitó a señalarme el reloj con la cabeza. Si hasta llegué a creer que era extranjero.

Hace un tiempo le pregunté por ello y me dijo que no me respondió porque andaba enfrascado en su nueva novela, una que, al parecer, estaba escribiendo mentalmente en ese momento, pero yo casi juraría que no era más que una excusa.

De cualquier manera, este día es especial. Así que con ayuda de Julia he preparado algo para celebrarlo.

Él no sabe nada. No tiene ni idea de porqué le he invitado a cenar. Lo único que sabe es que tiene que encontrarse conmigo en el bar *Underground*, un sitio al que no hemos ido nunca y del que conoce solo la dirección.

Lo encontré buscando en Google. Se trata de un bar de copas subterráneo que imita una estación de tren, con todos los detalles de esta.

Por supuesto, cuando él entra por la puerta yo ya estoy en la barra de arriba esperándole:

—Hola, preciosa. —me saluda con un beso y yo me derrito.

Todavía no ha dicho nada sobre el día que es, pero aún hay tiempo.

—¿Bajamos a cenar?

—Claro. —Me dice y de la mano nos encaminamos a las escaleras que descienden hasta el comedor.

Este está decorado con toda la estética propia del metro de Londres. ¡Me encanta! A ver si con estas pistas Alfonso se entera de lo que estamos celebrando.

Nos sentamos en uno de los bancos dobles, pegados a la pared, con una mesa de madera rectangular y antes de que nos quitemos la chaqueta el camarero, quien por cierto está de muy buen ver, nos da unas cartas. A mí primero. Lo que consigue que el tipo me caiga bien de inmediato.

—Revisadla y en diez minutos vengo a tomaros nota. —Me dice, porque me mira a mí—, ¿Qué os pongo para beber?

—Dos cervezas. —Dice Alfonso con un tono un poco raro. ¿Estará celoso?

Sonrió íntimamente, está celoso, fijo.

—¿Te gusta el sitio? —le digo para que se fije y se dé cuenta de lo que pasa.

Tal y como esperaba le da un repaso.

—No está mal. Es original.

—Sí, parece una estación de metro. Qué curioso, ¿verdad?

Me mira confuso y yo empiezo a cabrearme.

Se encoge de hombros.

—A ver qué tal la comida. —Comentó mirando la carta.

«Este no tiene ni idea de qué día es hoy», me digo a mí misma. Y no sé cómo lo hago, pero con cada pensamiento me cabreo más y más. ¿Cómo es que no se acuerda del día más significativo de nuestra relación?

El camarero vuelve con las cervezas y, en venganza porque Alfonso se ha olvidado de nuestro primer encuentro, le pongo ojitos al macizo.

Mi chico me mira con asombro. Me encojo de hombros. «¿Qué pasa? Lo he aprendido de ti», le suelto mentalmente. Eres todo un experto en encogerte de hombros.

—¿Sabes lo qué quieres? —inquire y tengo la sensación de que la pregunta tiene truco.

—Sí. Ya puedes decirle al camarero que venga a tomar nota.

—No hace falta. Yo iré a la barra.

Le ofrezco una sonrisa.

—¡Genial!

Definitivamente está celoso y yo enfadada, menuda celebración de seis meses.

—¿Hay algún motivo que desconozca por el que me has invitado aquí a cenar?

—¿A qué te refieres? No hay ninguno. Hoy es un día como cualquier otro. Nada especial.

Me mira muy serio.

—Martina, cariño. ¿Estás bien?

Asiento con la cabeza y sin querer, lo prometo fue sin querer, me sale un puchero.

Noto que Alfonso está comenzando a preocuparse.

—Toma, tonta. —Me dice al tiempo que mete la mano en el bolsillo de la chaqueta, que ha dejado a su lado en el banco.

Le miro sin decir nada, a la espera.

—Pon la mano.

Le hago caso. No porque me lo haya pedido con una sonrisa que me derrite el cerebro, sino porque tengo curiosidad por saber qué es lo que quiere enseñarme.

Me pone una cajita que alargada en la mano y yo me quedo mirándola como una tonta.

—¿Qué es? —pregunto, por decir algo.

—Ábrela y sales de dudas.

Me tiemblan las manos de los nervios, pero disimulo de maravilla.

Cuando lo hago me encuentro con una cadenita de oro que lleva en el centro un símbolo de infinito adornado de piedrecitas brillantes.

¡Será mamón! Se ha acordado desde el principio de qué día era hoy y solo quería hacerme la puñeta. Entrecierro los ojos para liquidarle mejor con la mirada.

—¿Te lo has pasado bien?

Mi pregunta es como abrir una presa hasta los bordes de agua, aunque en este caso contiene cachondeo.

Alfonso se ríe tanto y tan fuerte que me da miedo que nos echen.

—Lo siento, cariño. —Se va calmando aunque sigue sonriendo.

—Creía que no te acordabas. —Le confieso aunque no es que sea determinante porque eso él ya lo sabía. Se inclina y me besa, justo cuando el camarero está de vuelta con la cena.

—Come rápido y lo celebramos como corresponde. —Suelta sin ningún tipo de pudor.

Sonrió contenta y me espero a que el camarero se marche para hablar de nuevo.

—¿Estás celoso?

Se encoge de hombros.

—No puedes estar celoso el día que celebramos que hace seis meses que te conocí. —Le digo— Y no puedes estar celoso porque solo te quiero a ti.

Hala, ya lo he dicho y he sido la primera, pero la verdad es que no me importa.

Alfonso me mira con cara de asombro o de susto, no me decidido, aunque rezo todo lo que me sé para que sea de asombro.

Me lo confirma cuando me dice mirándome fijamente a los ojos.

—Yo también te quiero.

Si lo sé, no vengo.

Los viernes hago la maleta para el fin de semana y me voy a casa de Alfonso. Ha sido así, prácticamente, desde que comenzamos a vernos y lo cierto es que nos había ido muy bien.

Teníamos nuestra rutina establecida: viernes por la tarde duchita, cenita y arrumacos. Sábado por la mañana más arrumacos, salir a desayunar, hacer la compra, cocinar juntos, siesta con arrumacos incorporados y después cine, película en casa o salida a tomar unas copas con amigos.

Eso sí, el domingo se mantenía invariable. Nos quedábamos en la cama hasta que nos entraba hambre o era la hora de que volviera a casa. Aunque es cierto que ha habido días en los que me he quedado a dormir y no he pisado mi piso hasta el lunes después del trabajo.

Fuera como fuera, en nuestros planes nunca habían entrado, hasta ahora, comidas familiares. Y la culpa de que mi felicidad doméstica cambiara radicalmente fue de la malvada bruja de Oeste que nos invitó a comer el domingo. ¡Ojo nos invitó! A los dos porque yo iba incluida en el pack.

Lo que menos me esperaba era terminar en su casa alabando su modo de cocinar, que, por cierto, es bastante bueno, todo hay que decirlo.

Pero como lo bueno dura poco, el domingo pasado me encontré en casa de los padres de Alfonso, con una sonrisa falsa en los labios y el escrutinio descarado de la malvada bruja del Oeste. Pero como el amor lo puede todo, aguanté el tirón lo mejor que pude. Ayudó que Rebeca, la bruja, se comportara delante de su hijo y que este no me dejara sola con ella ni un minuto. Casi estoy segura de que le daba miedo dejarme a solas con su madre, pero me falta un 0.001% para estar completamente segura y estas cosas no se pueden afirmar sin fundamento. Que luego pasa lo que pasa.

Sin embargo, lo importante de lo que os estoy contando fue la actitud de Rebeca. Decir que fue encantadora es ser sutil, muy sutil.

—Te veo más delgada, Martina, ¿has estado haciendo dieta?

—No, la verdad es que no. —Contesté, aunque tuve en la punta de la lengua otra respuesta menos amable.

Por ejemplo, que desde que salgo con Alfonso hago ejercicio todos los días, pero una es una señora y me lo guardé para mí.

—Pues estás estupenda.

—Gracias. —Contesté con una sonrisa incrédula.

—Y el vestido que llevas es precioso.

¿Qué está pasando aquí? Después de tanta amabilidad comencé a preocuparme. ¿Quién eres tú y qué has hecho con la malvada bruja del Oeste?

Hasta Alfonso parecía sorprendido por la actitud de su madre conmigo. Después del derroche de amabilidad, comprendí que tenía que hablar directamente con mi... ay, esto que voy a escribir duele, suegra, y aclarar la situación.

—¿Por qué no vas a ver la televisión con tu padre? —le sugerí a mi novio, mientras estaba plantado en la cocina como un pasmarote entre su madre y yo.

—Me gusta estar con vosotras. —Dijo, pero su cara de decir mentiras daba auténtica pena.

—Creo que papá va a poner el *snooker*, se juega no sé qué campeonato. —Dijo Rebeca y estaba claro que sabía cómo tentar a su hijo porque Alfonso me miró con cara de pena, me dio un beso en el cogote y salió disparado al salón.

—¿Qué eso del *snooker*?

Ella hizo un gesto de la mano quitándole importancia.

—Un juego de billar, pero vamos a lo importante.

Directa, como la recordaba.

—Perfecto. ¿Por qué estás siendo amable conmigo? Y lo más importante, ¿por qué Alfonso no quiere dejarme a solas contigo?

Rebeca se sentó en una de las sillas de la cocina y me señaló otra frente a ella. Comprendiendo que la conversación se iba a volver trascendental, hice lo que me pedía y tomé asiento a su lado.

—Digamos que soy amable contigo porque me gustas para mi hijo.

—De acuerdo, ahora dime la verdad. —Pedí con cara de póker.

Ella rio y no estoy segura de haberla visto reír antes.

—Es cierto. Siempre me has gustado, Martina. Eres una buena periodista y aunque tienes tus... cosas, creo que puedes hacer feliz a mi hijo.

—De acuerdo. —Concedí poco convencida.

—Pero si insistes en que te desvele mis cartas te diré que te prefiero a Elena.

Otra vez la maldita Elena de por medio. Primero la dichosa caja y

ahora la malvada bruja del Oeste que la saca a relucir.

—Gracias, supongo.

—Y respondiendo a tu segunda pregunta, Alfonso está preocupado porque con Elena siempre he sido muy franca.

Leí entre líneas, no era difícil hacerlo.

Seguramente la bruja le dijo a la tal Elena lo que pensaba de ella y esta corrió a llorarle a Alfonso para que la defendiera y Alfonso, que tiene complejo de príncipe azul, acudió en su rescate, le dijo a su madre que respetara al amor de su vida y se marchó de vuelta a su piso para consolarla, teniendo el mejor sexo de toda su vida.

—Entiendo. —Le dije, cortante.

Y tanto que lo entendía, la malvada bruja del Oeste había decidido ser amable conmigo, arrebatándome al príncipe azul y la mejor noche de sexo de toda mi vida.

Si ya sabía yo que me odiaba, pero ¿por qué había tenido que decidir ser amable conmigo precisamente en este momento? Podría haber sido una impertinente como Alfonso esperaba para que pudiera ofrecerme el consuelo que necesito para superar este trauma: mi suegra me quiere.

Para gustos, el arco iris.

No me lo puedo creer. ¿De verdad? O sea, ¿en serio? ¿Por esto llevo yo meses preocupada? Parece mentira cómo los problemas se hacen enormes en tu cabeza y cuando por fin los afrontas, descubres que son insignificantes y absurdos. Las cosas no siempre son lo que parecen, tenedlo en cuenta la próxima vez que entréis en modo histeria.

Desde que descubrí una caja secreta en el despacho de Alfonso he estado preocupada por la alargada sobra de su ex novia. Si hasta me puse en plan detective y revisé todas y cada una de sus amistades en Facebook, Twitter e Instagram en busca de la misteriosa Elena, lo malo es que el nombre es bastante común y yo no sabía cuál era el apellido de la susodicha.

Entre las Elena que me encontré había una escritora, mi apuesta personal porque: 1) Era escritora.

2) Poco atractiva.

La siguiente era una modelo de lencería. Con esta crucé los dedos para que no resultara ser la ex porque:

1) Era guapísima.

2) Cosmopolita.

3) Porque no me daba la gana que fuera ella.

Otra de las Elena era abogada y a esta no le encontré ninguna pega. Por último había otra Elena, pero la descarté en seguida porque era demasiado mayor para ser su novia.

El problema era que en su casa no había más pistas que la caja y yo no me atrevía a preguntarle directamente por ella y menos después de lo que me había contado su madre.

¿Y si le preguntaba y de repente le entraban ganas de volver a verla? De asegurarse de que estaba bien. El amor y las noches asombrosas de sexo dejan huella y yo no estaba segura de cómo había terminado la relación entre ellos. Aunque todo apuntaba a que lo habían dejado porque la madre de Alfonso se había metido en medio de la pareja.

Lo peor de todo era que, aunque la herida picaba desde que encontré la caja, no fue hasta que Rebeca me habló de ella que escoció. Mi relación con Alfonso era maravillosa, mucho mejor que ninguna que hubiera tenido antes. Y si obviabas que tuviera como madre a la malvada bruja del Oeste,

por lo demás era perfecto. Pero aun así, no habíamos hablado más que por encima de nuestros exs. Quizás la culpa era mía porque me negaba en redondo a hablarle de Víctor, el tipo por el que me había pasado media vida colgada y que había resultado que el colgado era él.

Al final fue el destino el que se puso de mi parte y una tarde de sábado en la que no habíamos planeado nada más que una sesión de cine y una cenita, coincidimos con un par de chicas que resultaron ser amigas de Alfonso.

Al principio pensé que eran fans porque se acercaron a él mientras yo compraba las palomitas y ponía los refrescos. Ninguna de las dos era para tirar cohetes, así que no me puse en plan cánico y pasé de marcar territorio.

La morena era curvilínea y la rubia estaba más delgada y sin nada a lo que agarrarse. Estuvieron hablando con Alfonso todo el tiempo que yo tardé en preparar el picoteó. De hecho, Alfonso estaba tan absorto en su conversación que, por un instante se olvidó de mí, y tuve que dejarme una de las bebidas en un estante de gominolas para acercarme a ellos.

—¿Me ayudas, por favor? —le pedí, señalando lo que debía traer.

—Sí, claro, Martina. Lo siento.

¿Martina? ¿Me había llamado Martina en lugar de cariño o cielo?

Señalé de nuevo el vaso de refresco y él se fue sin protestar a recogerlo. Lo que me permitió estudiar a sus amigas, pero como la educación es lo primero, me presenté.

—Hola, soy Martina. —Dije con mi mejor sonrisa.

La rubia me la devolvió.

—Yo soy Elena y esta es Patricia, mi mujer.

Parpadee para ganar tiempo.

—Encantada.

Ella sonrió.

—Me alegra comprobar que Alfonso ha encontrado a alguien. Me preocupaba que no lo hiciera.

—¿Disculpa? —pregunté desubicada. ¿De qué estaba hablando?

—Cuando le dejé creí que le costaría más reponerse. —Se encogió de hombros. ¡Mierda! Ese gesto era típicamente Alfonso—. Me alegra que lo haya hecho por fin.

—Tú eres Elena, su ex. —Afirmé aunque mi tono no era muy firme.

Ella pareció sorprendida.

—¿No te ha hablado de mí?

La aparición de Alfonso cortó la conversación de cuajo.

—Disfrutad de la película. —Se despidieron ellas.

Yo no estaba segura de hacerlo porque ahora más que nunca tenía preguntas.

Alfonso estaba comenzando a conocerme porque en cuanto nos sentamos me abordó sin rodeos.

—¿Qué quieres saber?

—¿Por qué no me lo contaste?

—¿Contarte qué? ¿Qué mi novia, la mujer con la que iba a casarme me había dejado por su mejor amiga? Me pareció un poco surrealista hasta para ti.

Me encogí de hombros, ¡mierda! ¿Les había pegado el gesto a todas las mujeres de su vida?

—El amor no tiene edad, míranos a nosotros. Ni sexo, míralas a ellas, parecen muy felices.

—Lo son, Elena no se enamora del sexo de una persona sino de la persona en sí. Lo que no comprendo es cómo no me di cuenta de que no me quería. De que no estaba enamorada de mí. Supongo que comenzó a salir conmigo porque quería que sus padres la dejaran en paz. La única que se dio cuenta de que no me quería fue mi madre y cuando me lo dijo no la traté muy bien.

—Sí, bueno, el complejo de príncipe azul y el sexo asombroso. — Murmuré para mí misma.

—¿Qué has dicho?

—Nada, nada. Sigue.

—No hay mucho más que decir. Ella es feliz y yo también. —Me miró con ojos de cordero degollado—. Supe que lo mío con Elena era imposible cuando te conocí. Si hubiera seguido con ella me habría perdido estar contigo.

¡A la mierda el complejo de Príncipe azul y el sexo asombroso! Bueno, el sexo asombroso, no. Valía la pena gustarle a la malvada bruja del Oeste sin con eso me llevaba grandes momentos como este.

—Te quiero. —Le dije, maldiciendo al reposabrazos por interponerse.

—Y yo a ti. Más que a nadie que haya querido nunca.

Me besó y yo me olvidé de Elena, de ex novias y hasta de mi propio

nombre.

¿Quieres... Venirte a vivir conmigo?

Después de que Alfonso y yo habláramos largo y tendido de nuestro pasado y de nuestro presente, no quedaba más remedio que hablar de nuestro futuro.

Y aunque en principio ninguno de los dos se decidió a hacerlo, yo comenzaba a tener claro que deseaba compartir todo el tiempo que me fuera posible con Alfonso, lo que desembocaba en irnos a vivir juntos.

Mis esfuerzos por lograr un contrato en Divinity, a los que he *spameado* sin remedio, de repente ya no eran importantes para mí, por lo que al final se quedaron en nada, puesto que dediqué toda mi atención a demostrarle a Alfonso que estábamos hechos el uno para el otro y que nuestra vida en común podía ser maravillosa si le dábamos la oportunidad.

Decidí ser sutil, así que en lugar de exponer claramente mis ideas preferí pasar más tiempo en su casa y, en mi afán por convencerle de que compartir espacio era lo mejor, incluso me apunté a un curso de cocina online. Deseaba demostrarle que además de hacer una tortilla francesa para chuparse los dedos, también era capaz de cocinar otras cosas igual de deliciosas.

Tras varias semanas cocinando para él y siendo la novia perfecta, me di por vencida. Me estaba comenzando a cansar de ser tan estupenda. ¿Qué queréis que os diga? Me gusta como soy y no estoy dispuesta a cambiar por nadie, ni siquiera por el amor de mi vida. Por ello volví a mi piso y a ser la Martina que todos conocen y quieren, aunque haya alguna que me quiera bien poco, que de todo hay en la viña del señor.

Alfonso pareció no darse cuenta del cambio y yo me desesperé. No quería darle muchas vueltas al tema porque después de Elena ya había escarmentado y sabía que las cosas a veces eran más fáciles de lo que pensaba. No obstante, estaba preocupada. Lo bastante preocupada como para plantearme recurrir a Rebeca en busca de consejo.

Sin embargo, mi sentido común hizo acto de presencia y en lugar de a la suegra periodista, me decidí por la madre psicóloga y me planté en su consulta con la firme determinación de hacer exactamente lo contrario de lo que mi madre me aconsejara.

Cuando llegué estaba con un paciente, por lo que tuve que esperar a que el pobre diablo saliera. Contra todo pronóstico el tipo salió sonriendo, animado incluso.

—¿Martina! —exclamó mi madre, mirando a su administrativa para saber si mi visita era un impulso o era concertada.

—Tenemos cita, mamá. No me he colado.

—En ese caso, pasa. —Ofreció muy formal.

Al entrar en la consulta, me opuse por dignidad a tumbarme en el diván y me senté en la silla frente a su escritorio.

—Tú dirás. ¿Por qué ha roto Alfonso contigo? —me preguntó a bocajarro.

—¿Perdona?

—¿No estás aquí por eso?

—Pues no. En realidad tengo una consulta de hija. —Dije con dignidad. Quería que supiera que era consciente de que tenía que pedirle una cita para hablar con ella de mis problemas.

Y antes de que penséis que soy digna de lástima, os diré que ni se os ocurra pensarlo. Tuve una adolescencia maravillosa sin madres cotillas preocupadas por cada paso que daban sus hijas.

—De acuerdo. —Se calló para que hablara yo.

—¿Crees que debería proponerle a Alfonso vivir juntos o debería esperar a que lo haga él?

Mi madre ni siquiera lo pensó. Al parecer lo tenía muy claro.

—Deberías decírselo. No veo por qué no ibas a hacerlo. —Me dijo y he de confesar que me chafó el plan porque estaba dispuesta a hacer lo contrario a lo que me aconsejara y para mi mala suerte el consejo me era justo lo que no me esperaba.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—De acuerdo, pues gracias. —Me levanté de la silla.

Ella hizo lo mismo.

—Todavía dispones de cuarenta minutos.

—Lo sé, pero ya me has ayudado mucho. Adiós, mamá.

Me fui a toda prisa antes de que le diera algún remordimiento y se pusiera a lanzarme consejos de manual para relaciones sanas.

Pensé en llamar a Julia, pero mi amiga ya tenía bastante con Pablo

como para que se preocupara también por mi relación con Alfonso.

Cuando llegué a mi casa, me negué a pasar por la de Alfonso, puesto que tenía que digerir lo que me había dicho mi madre. Encontré mi piso más solitario que nunca.

Me había acostumbrado a estar con mi chico, quizás era tiempo de adoptar una mascota, posiblemente un gato.

Estaba elucubrando sobre ello cuando se abrió la puerta del piso y Alfonso entró por ella con una bolsa de comida china en la mano.

—Hola, preciosa. Me he quedado esperándote. —Me dijo antes de besarme.

—No es sábado, ni siquiera viernes.

Me miró desconcertado unos segundos.

—Lo sé, pero antes venías también los lunes y los martes y...

—No hace falta que recites los días de la semana. Lo pillo.

—¿Estás enfadada por algo?

Negué con la cabeza.

—Me alegro porque te echaba de menos. Me gustaba cuando podía encontrarte en casa los lunes, los martes, los miércoles, jueves... ¿Ahora sí que me dejas seguir?

—De acuerdo. ¡Lo pillo!

—Gracias. —Rio—. Alzando la bolsa de comida. Voy a invitarte a cenar y todo.

—No tengo mucha hambre.

—Ahora sí que me preocupas. —Bromeó.

No queriendo demostrarle mi bajón emocional me esforcé en comer y en sonreír, pero Alfonso no me quitaba ojo de encima, como si fuera capaz de notar mi desazón.

—Tengo la sensación de que cuando no estamos juntos seguir con mi vida se me hace cuesta arriba. —Dijo de repente mientras quitábamos la mesa. —A lo mejor deberíamos vivir juntos.

Se me calló un vaso al suelo.

—¿Cómo dices?

—Ten cuidado te puedes cortar.

—Repítelo.

—¿Qué te puedes cortar?

—¡Alfonso!

Rio de buen humor.

—¿Martina Vega, quieres vivir conmigo?

—Claro que quiero. —Me lancé a sus brazos, sin preocuparme por los cristales rotos.

Después de eso lo celebramos a nuestra manera. Desde ese momento, ya ha pasado una semana en la que no me he separado de él más que para ir a trabajar.

Soy feliz y, lo más importante, tengo energía para seguir luchando por mis sueños.

Agradecimientos.

Martina ha regresado y lo ha hecho gracias al apoyo y a la ayuda de unas cuantas personas. En primer lugar quiero dar las gracias a Lorraine Cocó por las preciosas portadas que hizo para Martina (tanto la primera como esta son obra suya), por su inestimable ayuda en esta aventura que ha sido la autopublicación y por su infinita paciencia en la multitud de preguntas que le hago cada día.

Gracias a María Gardey por su ayuda en las correcciones. Es una tranquilidad enorme contar con ella para la última revisión del texto.

Gracias a los de siempre (ellos saben quiénes son)

Gracias a todos los que me habéis animado a escribir esta segunda parte, a los que os quedasteis con ganas de saber más de Martina y a los que estáis a punto de conocerla.

Mil gracias por haber dejado entrar a Martina en tu mundo. No olvides que puedes leer la primera aventura de nuestra protagonista en Martina agitada, no revuelta. En cualquier caso espero que hayas disfrutado de sus historias.

Con el ánimo de facilitar a otros lectores que puedan hacerlo también, te invito a dejar tu opinión sobre el libro, en su perfil en Amazon.

Muchas gracias,

Olga Salar

Sobre Olga Salar

Olga Salar. Nació el veintidós de enero de 1978 en Valencia. Se licenció en filología hispánica para saciar su curiosidad por las palabras al tiempo que compaginaba su pasión por la lectura.

Escribió su primera novela con una teoría, para ella brillante y contrastada, sobre lo desastroso de las primeras veces, *Un amor inesperado* (Zafiro. Planeta), y tras ella siguieron la bilogía juvenil *Lazos Inmortales* (Kiwi). En este mismo género acaba de publicar *Cómo sobrevivir al amor* (Planeta). Aunque ha sido en romántica adulta dónde ha encontrado su voz.

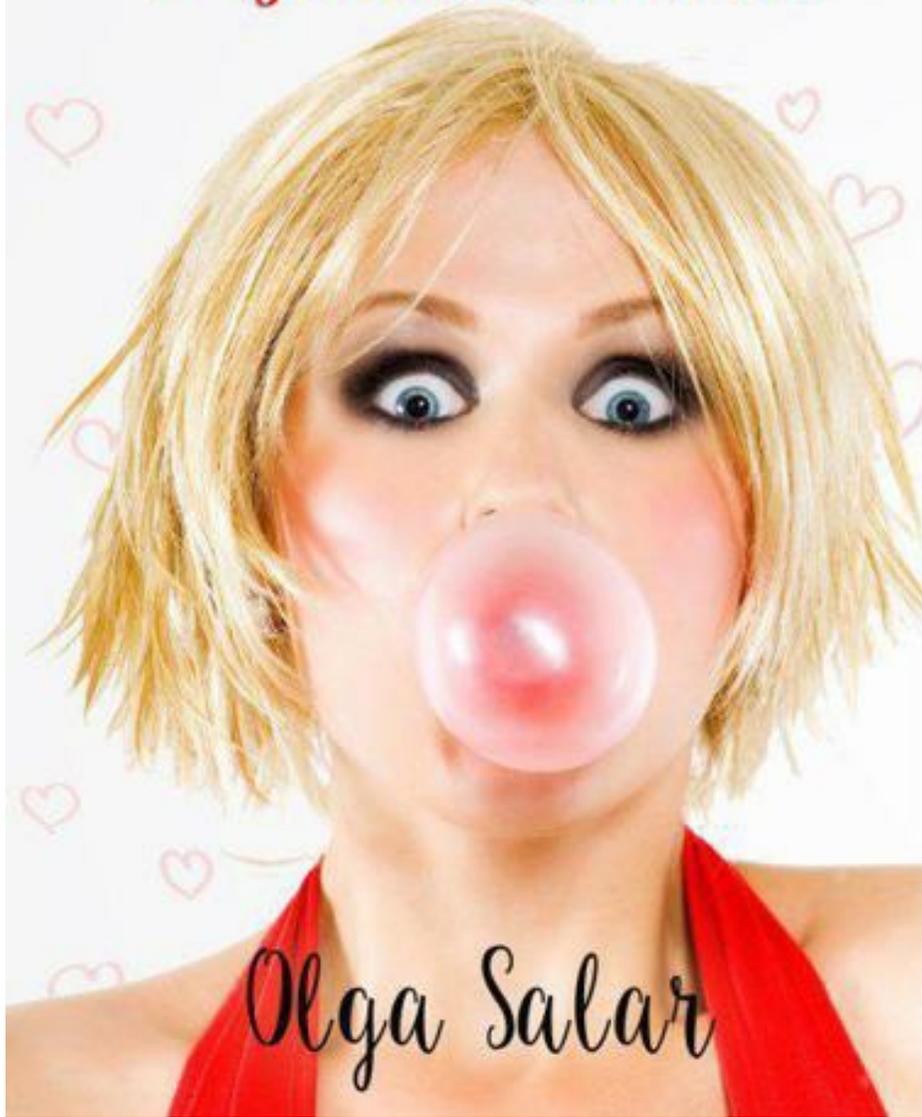
Es autora de *Quédate esta noche* (Kiwi), *Íntimos Enemigos* (Versátil), *Una cita Pendiente* (Versátil), *Una noche bajo el cielo* (Kiwi), *Jimena no deshoja margaritas* (Versátil), *Solo un deseo* (Zafiro. Planeta), *Di que sí*, con la que fue mención especial en el II Premio HQÑ Digital, *He soñado contigo* (Versátil), *Romance a la carta* (Versátil) *Un beso arriesgado* (HQÑ), *Igual te echo de menos que de más* (Los Libros del Cristal) y *Martina agitada*, no revuelta.

[Para conocer todas sus obras, pincha aquí](#)

Otras obras de la autora

Martina

agitada, no revuelta



Olga Salar

Martina agitada, no revuelta:

“¿Os ha pasado alguna vez que al despertar una mañana habéis descubierto que vuestra vida está patas arriba? ¿Sí? Pues eso mismo me acaba de suceder a mí, Martina Vega, treintañera, soltera, en busca del trabajo de mis sueños y del hombre capaz de soportarme.

Y os aseguro que no es tarea fácil.

Por eso, he creado el blog más Divinity de la muerte.

En él cuento aquello que me sucede, que me preocupa o que simplemente se me pasa por la mente en ese momento. Para conocerme mejor, visitad Martina, agitada, no revuelta y dejadme algún comentario. El karma os lo agradecerá.

[Comprar](#)



HQN™

OLGA
SALAR

Di que *Si*

he loves me not

he loves me

he loves me not

he loves me

Di que sí

Elba Vilanova es una exitosa periodista y madre soltera de una niña de doce años. Por casualidad conoce a Efrén Ventura, famoso músico de rock e ídolo de su hija, y salta la chispa. Cuesta mantener la indiferencia ante el encanto del artista, pero todo cambia cuando aparece en escena Max, padre de Alma, desaparecido años atrás. Max ignora la existencia de su hija, y su llegada pondrá a Elba entre la espada y la pared. ¿Debe continuar la historia con una salvaje estrella de rock más joven que ella o darle una oportunidad a su primer amor y tener por fin la familia con la que siempre ha soñado?

Olga Salar una ofrece una historia irresistible con un difícil dilema y unos personajes atractivos y sugerentes... tanto los principales como los secundarios.

[Comprar](#)

HQN™

OLGA SALAR

*Un beso
arriesgado*



Un beso arriesgado.

Efrén Ventura, famoso músico de rock que tiene cautivado al público femenino, va a toparse con la prueba más dura a la hora de obtener inspiración para su próximo álbum: la bella joven que lo atrae y lo confunde es su mejor amiga... y periodista. Verónica, rubia y sexy, conoció a Efrén por medio de una amiga en común del periódico donde trabaja, y las llamadas ocasionales se han ido transformando en largos ratos de secretos y confidencias. Efrén es dulce, atractivo e irresistible, con un gran sentido del humor, pero no parece querer más que una amistad. Para colmo, el jefe de Verónica quiere que lo entreviste en calidad de superestrella. Con el recelo que los famosos sienten hacia los periodistas... ¿Será posible cruzar esa barrera? Verónica cree que sabe todo de él, menos lo que siente de verdad cuando la mira.

[Comprar](#)

OLGA SALAR

HE
SOÑADO
CONTIGO

VERSATIL
Romántica

He soñado contigo:

¿Podrías amar a alguien sin conocerlo?

O para ser más exactos, ¿podrías amar a alguien a quien conoces, pero sin embargo, nunca has visto?

Penelope y Evan llevan años jugando al ratón y el gato y cuando por fin coinciden en una entrega de premios, el encuentro no es, ni mucho menos, como ella había soñado. A partir de ese momento, sus vidas se ven ligadas irremediabilmente por motivos profesionales, y cada paso que dan les ata más y más...

Si además añadimos que el hermano de Evan es su mejor amigo, que tiene una abuela un poco ludópata, una madre histérica y un gato cuya mayor afición es destrozar su lencería más cara...

Ya puede empezar a dudar sobre si su vida es, de repente, un sueño o una pesadilla.

[Comprar](#)

Olga Salar

ROMANCE a la carta



«SI HE SONADO CONTIGO TE SUPO A POCO,
DESCUBRE COMO EMPEZÓ TODO...»

VERSATIL
Romántico

Romance a la carta:

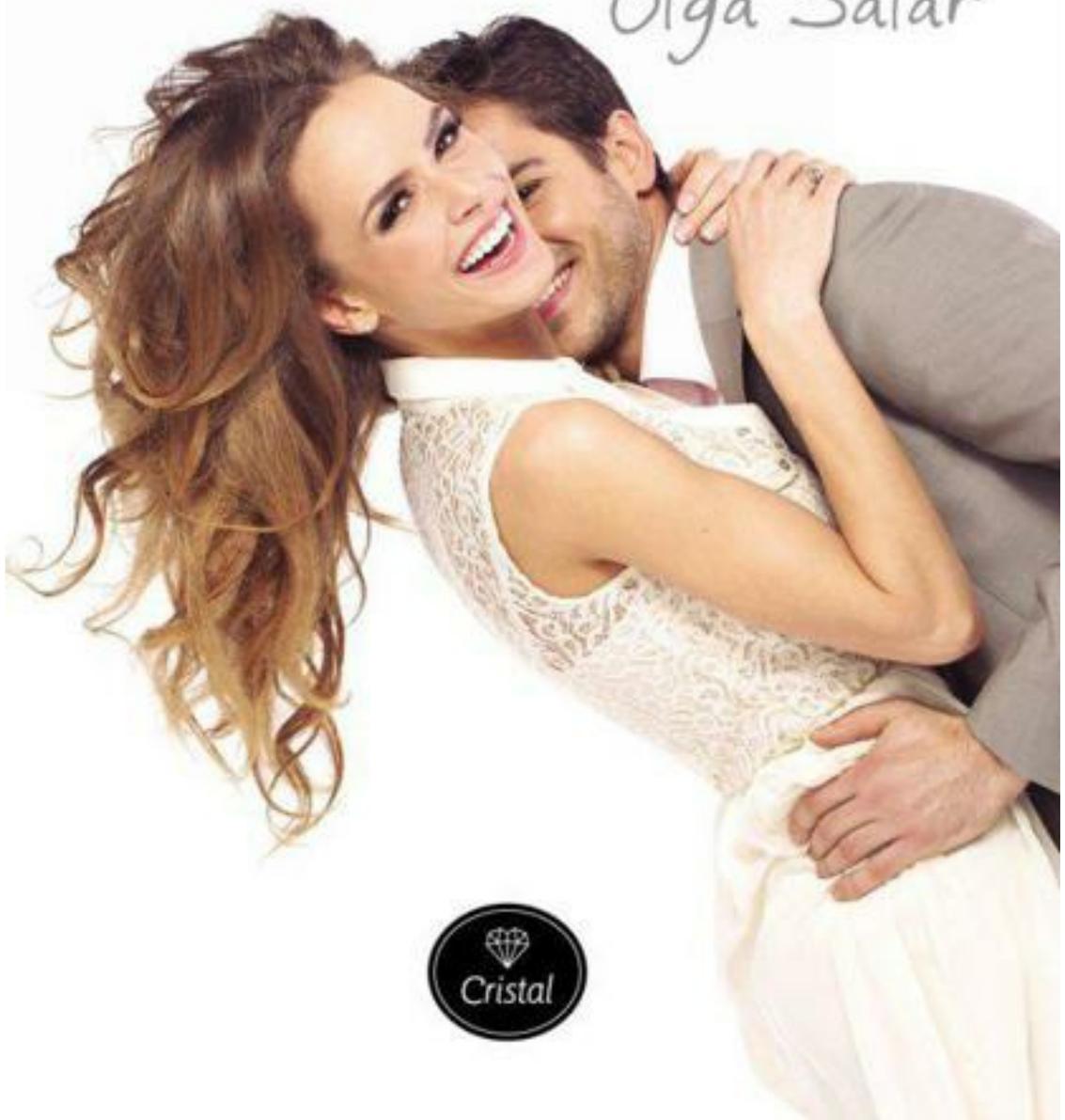
Brian Mosley domina a la perfección el tiempo y las cantidades exactas que hay que utilizar en la cocina para convertir un sencillo plato en una obra maestra culinaria. Lamentablemente su incapacidad para medir los tiempos en la vida real, y llegar puntual a las citas, le convierte en el novio desastre que ninguna mujer quiere tener.

La única esperanza que le queda es dar con una fémina lo suficientemente segura de sí misma como para que no le importe que le hagan esperar, o que se olviden de ella por completo. Lo curioso será que una vez que Pamela haga acto de presencia los defectos del chef desaparecerán como el volumen de un "soufflé" al salir del horno.

[Comprar](#)

Igual te echo de
menos que de más

Olga Salar



Igual te echo de menos que de más

Cuando Olimpia se da de bruces con su pasado, presiente que sus problemas no han hecho más que empezar. Allí estaba él, mirándola fijamente con sus ojos negros, sin previo aviso y más atractivo todavía de lo que recordaba. Y Olimpia que creía que lo había superado... Como ella es una optometrista de lo más profesional, está dispuesta a probarse todas y cada una de las lentes correctoras que ha ido acumulando a lo largo de los años: las de los “sueños rotos”, las de la “venganza”, las de la “solitaria estabilidad” y las de “la ilusión”. Pero no se decide a probar esas que llevan por marca Dale Otra Oportunidad. Menos mal que en esta montaña rusa que es la vida estará acompañada por sus estupendos jefes, Gerardo y Arturo, parientes de “su pasado”, su inseparable amiga Lola, quien sufre el ataque de las malditas hormonas, y su hermano Nico, un Dj enemigo de la pena que está deseando poner ritmo a la banda sonora de su futuro. En Igual te echo de menos que de más palparás lo vivo que permanece el pasado en ese lugar que llamamos “recuerdo”, y cómo somos capaces de distorsionar su reflejo con el transcurso de los daños y la colaboración imprescindible de un corazón recompuesto con celo de color rosa.

[Comprar](#)